OPINIÓN

¿Y si no hubiera sido Noroña?

Por Rodrigo Ávila Carrasco · 5 de septiembre de 2025 · 3 min de lectura



La agenda mediática y la conversación social fueron dominadas por el zafarrancho que Alejandro Moreno, diputado y dirigente del PRI, provocó en la tribuna de la Comisión Permanente.

La polémica giró en torno a si Gerardo Fernández Noroña "merecía" los empujones y golpes del priista. Su estilo provocador le ha ganado simpatías, pero también muchas antipatías.

Hay quienes desde la enemistad por Noroña justificaron la agresión del diputado del PRI. Según estos, las formas gandallas del ahora expresidente del Senado llevaron a que encontrara "la horma de su zapato" en los puños de "Alito".

En medio de la conversación un amigo me planteó una pregunta esclarecedora "¿y si hubiera sido alguien distinto a Noroña?"

El senador del PT no es el único que hoy usa la diatriba como herramienta política. Por ejemplo, Lilly Téllez, su némesis y espejo, recurre también al insulto y lleva la confrontación al extremo. Entonces, ¿qué habría pasado si alguien empujara y golpeara a Téllez? ¿Se justificaría igual la violencia? Quienes aplaudieron a Moreno, ¿aplaudirían a quien agrediera a la senadora?

En las últimas décadas, las formas *woke* han tomado la política y los medios de comunicación, donde, Noroña y Téllez son dos caras de la misma moneda, y quienes comunican son personajes como como Brozo.

Su indignación performática los lleva al insulto fácil y a actitudes arrebatadas que buscan encarnar un supuesto estado de ánimo social y generarse una base de simpatizantes.

El estilo puede exasperar, pero el insulto sigue siendo un recurso legítimo en la lucha política; los golpes, no. Schopenhauer, en *El arte de tener razón*, recomienda recurrir a la ofensa cuando la discusión está perdida:

“Cuando se advierte que el adversario es superior y que uno no conseguirá llevar razón, personalícese, séase ofensivo, grosero”.

Para el filósofo, la ofensa es “recurso de naturalezas inferiores”. Sin embargo, también escribió *El arte de insultar*, un compendio de sarcasmos que, aun ofensivos, muestran un innegable talento intelectual. Si bien los personajes mencionados carecen de la agudeza del alemán usan el insulto como recurso válido del débil para imponerse en un debate. Puede ser poco decoroso, pero no ilegítimo. Los golpes, en cambio, nunca lo son.

En política las ideas se combaten con ideas y, si se quiere, las mentadas se combaten con mentadas, pero no con golpes.

Si el insulto denota una limitación, los golpes expresan una inteligencia aún más rudimentaria que ha sido enarbolada y festejada por fenómenos deleznables, como el fascismo, que son la negación de la política.

Y es peligroso que, al calor de la animadversión hacia un personaje, se justifique la violencia. Quienes vitorean a Alito, ¿harían lo mismo si alguna legisladora feminista violentara a Lilly Téllez luego de haber recibido cientos de insultos? ¿Harían lo mismo si algún político insultado por Brozo le propina un puñetazo?

¿Por qué cuando la derecha insulta es parte de la libertad de expresión y cuando la derecha es insultada el agravio merece una golpiza como respuesta?

Este doble criterio no sólo exhibe la hipocresía, también muestra la nula vocación democrática y el autoritarismo del bando conservador que a falta de discurso apuesta ahora por el pandillerismo.

Lo correcto y lo democrático es rechazar la violencia física independientemente de contra quien vaya dirigida. Justificarla o incluso celebrarla abre la puerta a la degradación de la política y a la antidemocracia.

Si Mussolini tuvo sus Camisas Negras y su periódico *Il Popolo d’Italia*, Alito tiene sus Chamarras Rojas y un puñado de comentaristas. Puede parecer parodia, pero es una señal de descomposición que no debemos dejar crecer. Es un síntoma que debería preocuparnos a todos.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/y-si-no-hubiera-sido-norona
Descargado el 21 de noviembre de 2026.